

Justicia para Galíndez

El Nacional, 1958-03-12.

Ahora, el 12 de marzo, se cumplen dos años de la desaparición de Jesús de Galíndez. La garra del tirano lo acechó de noche, cuando hacía su recorrido habitual en subway desde la Universidad de Columbia, donde explicaba Historia Lationamericana, hasta su domicilio en el downtown de Nueva York, trayecto que hice muchas veces con él.

Cuando nos llegó a Caracas la noticia de su desaparición recordé las precauciones con que atendía a la puerta en el número 30 de la Quinta Avenida, donde residía en la misma sede de la Delegación del Gobierno Vasco, y las confidencias que me hizo acerca de las misteriosas amenazas telefónicas con que le estaban asediando constantemente. A veces angustia cuando hacía el relato de los terribles métodos de venganza política de la dictadura dominicana. ¿Tendría el brazo tan largo y la mano de garfio tan hábil como para alcanzar impunemente a los habitantes de una ciudad tan eficazmente protegida como Nueva York? Y como si el tirano hubiese querido hacer en aquellos días un alarde de su poder, sus asalariados abalearon en el pasillo de una casa de la ciudad a Andrés Francisco Requena, un líder antitrujillista exiliado que era amigo de Galíndez. Muchos les han precedido en esta enorme fosa común que ha ido cavando de nuestro tiempo, y muchos otros serán todavía ignominiosamente torturados, vejados y asesinados por haber osado combatir la terrible noche del despotismo con la luz de las ideas. Y el cuerpo de Galíndez acaso no hallará reposo nunca "allí en la finca que tienen mi padre en Larrabeobe, en la parte donde se dividen las montañas de mi patria".

Jesús de Galíndez era un romántico de los derechos humanos. Era un poeta de todas las libertades del hombre, las individuales y las colectivas de los pueblos, el decía que no podían separarse, y era peleador incansable de los derechos de su patria vasca y de la patria de todos los hombres. Tuve oportunidad de acompañarle a la residencia de uno de los líderes de la independencia argelina, cerca del Central Park, para quienes traducía unos documentos que necesitaban para su campaña independentista, que ya en el 52 estaba en discusión desventajosa en el seno de las Naciones Unidas. Lo vi manifestando con carteles que reclamaban asesinatos y torturas frente al Consulado Dominicano, hombro con hombro con los exiliados dominicanos. El me presentó a Valmore Rodríguez durante un acto democrático en Nueva York, y a Gordón Ordás, Presidente del Gobierno de la República Española en el exilio, y a Germán Arciniegas, el gran escritor colombiano, hombres de pueblos distintos a los que se sentía unido por el común anhelo de justicia y de libertad.

Jesús de Galíndez era un hombre solitario. A pesar de estar tan ocupado en su vida de relación, recibiendo a sus compatriotas en la Delegación del Gobierno Vasco en el exilio, o dando clases a sus alumnos en la Universidad de Columbia o trabajando al frente de una agrupación de intelectuales latinoamericanos (organizó los primeros Juegos Florales en lengua castellana celebrados en Nueva York) o acompañando en sus

reuniones a los dominicanos exiliados en las Naciones Unidas, él era un hombre de amplia vida y también un poco de sus ansias de irse quedando en su obra, en su mensaje. Así, con ese espíritu de dar una lección perdurable, desafió las amenazas que recibía en la agobiante soledad de su habitación de soltero en Nueva York, y redactó valientemente, sin omitir un dato de su información y sin torcer una intención por apasionamiento, con la frialdad y el aplomo de una tesis doctoral destinada al prestigio de la Universidad de Columbia, para asestar el mazazo terrible de La era de Trujillo, una obra que esta parte fundamental de la historia de la lucha contra las dictaduras latinoamericanas.

El temerario desafío de este hombre solo contra el poder de la más absoluta de la dictaduras, nos ha ofrendado al mismo tiempo que un hermoso episodio de la lucha del hombre por su dignidad, el triste ejemplo de la quiebra moral de la justicia cuando está mediatizada por los intereses de la política y el comercio.

Pero los hombres de bien, la gente de los pueblos que han sufrido en su espíritu y en su carne el botazo brutal de la tirana, seguirán uniendo su voz para reclamar justicia.